

misma lancha y «en toda intimidad» y, a lo que parece, no omitió nada para enternecerla.

La Florentina disimuló tan bien, que el cardenal se creyó salvado; mas apenas estuvo en París, recordó a su hijo las promesas de Lyon. El rey objetó que el interés del Estado requería tiempo para terminar los asuntos de Italia; pero fué preciso encontrar otros argumentos. El P. José y Brulart de León, enviados a Ratisbona para arreglar con el emperador la cuestión de Casale y de Mantua, habían firmado con él una paz general (13 de octubre). Schomberg, que se dirigía contra Casale, cuando recibió la noticia del tratado no hizo ningún caso de él y siguió avanzando. El 26, al llegar a la vista de la plaza se le presentó un negociador; era aquel joven oficial italiano, Julio Mazarini, que formaba parte del séquito del Legado y que desde hacía varios meses iba de Barberini a Richelieu transmitiendo proposiciones de tregua ó de paz. Mazarini ofrecía ahora nuevas condiciones, según las cuales los españoles evacuarían la ciudad y los franceses la ciudadela de Casale, y esta plaza sería custodiada por tropas reclutadas en el país y en ella residiría provisionalmente, hasta que la paz se firmase, un comisario imperial. Schomberg aceptó estas proposiciones.

Cuando en París se supo este acuerdo y se consideró, por consiguiente, terminada la guerra, la reina madre, sin querer atender a razón alguna, echó de la corte a la señora de Combalet, la sobrina predilecta de Richelieu, y exigió la deposición del ministro.

El 10 de noviembre, el rey fué a ver a su madre en el Luxemburgo, habiendo ordenado ambos «muy expresamente que no se dejase entrar a nadie mientras estuvieran solos.» Richelieu, que se maliciaba algo, llegó, y encontrando cerradas todas las puertas menos la que conducía de la capilla al gabinete, pasó por allí y sorprendió a Luis XIII y a María de Médicis. Presentóse sonriente y diciendo: «Apostaría a que Vuestras Majestades hablan de mí;» la reina, ofendida por tanta audacia, no pudo contenerse y dió rienda suelta a su indignación. El cardenal se defendió con las palabras más humildes que su buen talento pudo sugerirle; lloró, se desesperó, pidió perdón y licencia para marcharse y se retiró después que la reina le hubo colmado de vituperios.

El rey, impresionado por lo que había oído, habíase retirado a Versailles (al pequeño palacio que se había hecho construir allí). El caballero mayor, Saint-Simón, y el cardenal La Valette, que le acompañaban y que eran amigos de Richelieu, abogaron por éste, pero más que ellos abogó por el Cardenal la razón de Estado. Luis XIII mandó llamar a Richelieu, que, creyéndose perdido, pensaba refugiarse en el Havre, en su gobierno. Al verse en presencia del rey, se arrojó a sus pies y el monarca lo levantó y alabó su celo y su conducta. Arrodillóse aquél de nuevo y ofreció retirarse para no ser causa de discordia entre la madre y el hijo; pero el monarca le ordenó que se quedara y, haciendo salir de la estancia a las personas que en ella había, convino con él los cambios necesarios. Por la noche, en el Luxemburgo, los cortesanos acudieron al lado de María de Médicis, a la que consideraban como la vencedora del día y que recibió con satisfacción «el incienso que le prodigaron;» pero al día siguiente llegó de Versailles la noticia de que el guardasellos Marillac había sido

desterrado y de que el Cardenal era omnipotente, y el Luxemburgo quedó desierto. A aquel suceso se le dió el nombre de jornada de los Burlados.

El rey comisionó a su confesor, el P. Suffren, y al nuncio del papa, Bagni, para que ofrecieran a su madre no obligarla jamás a tomar en su servidumbre a los parientes de Richelieu, con tal que consintiera en asistir al Consejo; María se negó a presentarse allí de nuevo mientras de él formase parte el Cardenal.

Hasta entonces Gastón de Orleans había permanecido tranquilo, gracias a que sus dos favoritos, el presidente Le Coigneux y Puylaurens, habían sido sobornados por el ministro; pero habiendo sospechado Le Coigneux que el nuevo guardasellos, Chateaufort, trabajaba para perderle en el concepto de su señor, incitó a éste a que promoviera un escándalo; y en efecto, Gastón presentóse en 30 de enero de 1631 en casa de Richelieu, le insultó, le amenazó y luego se marchó a Orleans.

La reina madre esperaba siempre recobrar el favor de su hijo; y habiéndose éste ido a Compiègne, se fué detrás de él. Como la actitud en que María de Médicis se colocaba y las esperanzas que autorizaba esta actitud constituían una perturbación para el Estado, hicieronse nuevas tentativas cerca de ella para que se reconciliara con el ministro. Su médico, Vautier, y el P. Suffren trabajaron en este sentido, pero sin ningún éxito; en vista de lo cual el rey se marchó de Compiègne (23 de febrero de 1631), dejando a su madre bajo la custodia del mariscal de Estrées, con prohibición de que volviera a París.

Pero aun estaba demasiado cerca de la capital, por lo que el rey le ordenó que se fuera a Moulins y le dió el gobierno del Bourbonnais. María al pronto se conformó, pero luego negóse a cumplir aquella orden pretextando que la enviaban a Moulins para desde allí trasladarla a Florencia. Entonces le ofrecieron como residencia Angers, y ella consintió en ir a Nevers durante algún tiempo; pero cuando supo que Gastón de Orleans acababa de salir de Francia, no quiso moverse de Compiègne.

Gastón, al saber que el rey, acompañado de algunas fuerzas, se acercaba a Orleans, había huído a Borgoña con el duque de Roannez, el conde de Moret, bastardo de Enrique IV, y algunas tropas que había reclutado. El duque de Bellegarde, gobernador de Borgoña, se declaró en su favor, pero no intentó sublevar la provincia, y Gastón atravesó el Franco Condado y se retiró a la Lorena. Luis XIII, que había ido en seguimiento de los fugitivos, publicó en Dijón una declaración real (30 de marzo de 1631) contra los compañeros de su hermano. Estas divisiones de la familia real producían viva agitación. Richelieu no era popular; su gobierno era duro, y sus victorias en el interior y en el exterior se traducían en aumento de los impuestos. Por otra parte, la desgracia de la reina madre inspiraba piedad. El parlamento de París, por empate de votos, se negó a registrar la declaración de 30 de marzo que, sin inculpar a Gastón, acusaba a sus cómplices de lesa majestad; en vista de ello, el rey llamó en 13 de mayo al Louvre a los magistrados en corporación y les recordó que su misión era administrar justicia a todo el mundo y no mezclarse en los asuntos del Estado. Algunos presidentes y consejeros fueron desterrados de París.

El duque publicó una carta al rey que era un manifiesto contra el Ministro (30 de mayo), y el monarca contestó en 14 de junio y, como una especie de concepción a la opinión pública, los voceadores pudieron anunciar libremente en el Puente Nuevo el ataque y la defensa.

Circulaban por París multitud de libelos que, traídos de fuera en grandes fardos, eran arrojados a las dependencias del Louvre, a las salas del Palacio y a los puestos de los mercados públicos. El más fecundo y notable de los libelistas al servicio de la reina madre era uno de sus capellanes, Mateo de Morgues, señor de Saint-Germain, que en otro tiempo había escrito en favor de Richelieu y ahora lanzaba contra él *La Très humble, très véritable et très importante Remonstrance au roi* («La muy humilde, muy verdadera y muy importante Representación al rey») y *La Charitable Remonstrance de Caton chrétien au Cardinal de Richelieu* («La Caritativa Representación de Catón cristiano al Cardenal Richelieu»). Habiendo Juan Sirmond, publicista y poeta latino y después académico, publicado con el seudónimo de Des Montagnes la *Defense du roy et de ses ministres contre le manifeste que sous le nom de Monsieur on fait courre parmi les peuples* («Defensa del rey y de sus ministros contra el manifiesto que en nombre del hermano del rey se hace circular entre los pueblos»), Morgues replicó con los *Vrais et bons avis du François fidele sur les calomnies et blasphemés du sieur Des Montagnes* («Verdaderas y buenas advertencias del Francés fiel sobre las calumnias y blasfemias del señor Des Montagnes») (1631).

Sería injusto confundir con aquellos escritos de circunstancias el libro del *Prince* («Príncipe») que Balzac, uno de los fundadores de la prosa francesa, publicó aquel mismo año (1) en alabanza de Luis XIII y para presentarle como modelo a los reyes futuros; no obstante, este panegirico está lleno de alusiones a los hechos y a las pasiones de actualidad; ataca a los devotos, haciendo notar su falso celo, su intolerancia y su hipocresía, y a los grandes que «entre nosotros... han ofendido casi siempre a los pequeños;» y justifica y ensalza al Cardenal en una carta explicativa.

«Si tenéis el dolor, le decía, de no ser grato a una gran princesa, a lo menos no tenéis el remordimiento de haberle sido infiel... La credulidad de la mejor reina del mundo ha servido de instrumento inocente a la malicia de nuestros enemigos, y la súplica que dirigió al rey para que os alejara de los negocios no fué tanto un efecto de su indignación contra vos, como el primer golpe de la conspiración que se había formado contra la Francia y que le habían disfrazado bajo un velo de devoción a fin de que creyera contraer un mérito arruinándoos.»

El gobierno se justificaba también por medio de las Declaraciones contra los rebeldes, documentos oficiales que se voceaban en las encrucijadas, se publicaban en los tribunales, y por último se coleccionaban y renovaban en una especie de Anuario histórico, el *Mercurie François* (2).

(1) En París, en casa de Toussaint Du Bray, 1631.

(2) Publicado a partir de 1611 por Juan Richer como continuación de la «Chronologie Novenaire» (1559-1598) y «Septenaire» (1598-1604) de Palma Cayet, el *Mercurie* contenía, en extracto y por años, la historia de Francia y de Europa.

Pero la curiosidad, excitada por los acontecimientos del interior y del exterior, reclamaba una información más rápida.

Un médico de París, Teofrasto Renaudot, hombre de bien y fecundo en ideas, había sido el primero en dar consultas gratis, en crear un Monte de piedad y en abrir una oficina de colocaciones. Por las gentes con quienes trataba y por sus corresponsales, estaba al corriente de cuanto se murmuraba en la corte, en la ciudad y hasta en el extranjero; y se le ocurrió recopilar todas aquellas noticias y publicarlas semanalmente, naciendo así en mayo de 1631 la *Gazette*, el primero de los periódicos franceses, que en un principio tuvo cuatro páginas a las cuales fué preciso añadir, al final del primer año, un suplemento de otras cuatro.

La *Gazette* estuvo desde su comienzo en íntimas relaciones con el gobierno. Al reunir en un tomo los 31 números de 1631, Renaudot daba las gracias al rey que no se desdenaba de leer aquellas hojas. «Por lo demás, es el periódico de los reyes y de las potencias de la tierra; todo en él está por y para ellos... los otros personajes sólo les sirven de accesorio.» Las gacetas son útiles al público «porque impiden muchos falsos rumores que sirven a menudo de pajeuelas a los movimientos y a las sediciones intestinas.»

Richelieu hizo de la *Gazette* una especie de Diario oficial al que transmitía noticias y por el que procuraba inspirar al público tal opinión, rectificar cual rumor y dar mucho bombo a los actos del rey y a los suyos propios (3); y de tal manera apreciaba el poder de la prensa naciente, que habiendo un día Renaudot ido a su casa para recibir la consigna, el cardenal le colmó de atenciones delante de los cortesanos y dándole golpecitos en el hombro, dijo: «He aquí al más capaz de mis consejeros.»

La excitación de los ánimos hacía aun más necesario el alejamiento de María. El rey, que en cinco meses nada había obtenido de ella con súplicas ni con amenazas, le envió en 10 de julio una especie de ultimátum; pero la reina madre, en vez de obedecer, pensó en retirarse a una plaza fronteriza y desde allí imponer sus condiciones. Vardes, que en nombre de su padre tenía el mando de La Capelle, se había ofrecido a entregarle esa ciudad; pero advertido de ello el rey, hizo partir al gobernador en propiedad, el viejo marqués de Vardes, el cual marchó precipitadamente a La Capelle y expulsó de ella a su hijo. Y cuando la reina, que había huído de Compiègne (18 de julio), llegó ante las murallas de la plaza, encontró las puertas cerradas y se vió obligada a pasar la frontera de los Países Bajos.

En contestación a la carta que para justificar su partida escribió a Luis XIII, éste le reprochó duramente que hubiese buscado asilo entre los enemigos de Francia (21 de julio de 1631). María de Médicis morirá en el extranjero, sin que su hijo vuelva a llamarla a su lado. Al mes siguiente el rey, por medio de letras reales fechadas en agosto de 1631, erigió el patrimonio de Richelieu en ducado-pairía.

(3) J. Caillet, *L'Administration en France sous le ministère du cardinal de Richelieu*, 1863, tomo II, págs. 371-378. Luis XIII era uno de los redactores de los comunicados, en los que, con su estilo preciso y algo seco, relatava un sitio, una entrevista, una negociación.

Los amigos y servidores de la reina madre fueron castigados: la duquesa de Elboeuf y la esposa del condestable Lesdiguières habían sido relegadas á sus casas, la princesa de Conti desterrada á Eu y su amigo Bassompierre encerrado en la Bastilla. También fué encarcelado el médico Vautier, y el P. Suffren, que se compadecía de María de Médicis, dejó de ser confesor del rey. El guardasellos Marillac estaba en el destierro; su hermano, el mariscal, considerado como más criminal porque mandaba un ejército y podía llegar á ser peligroso, había sido arrestado en 21 de noviembre de 1630 en el campamento de Folizzo y hubo de comparecer ante una Sala reunida en Verdún. Al disolverse ésta, fué encerrado en el castillo de Pontoise, para ser al fin juzgado y condenado á muerte en la misma casa de Richelieu, en Rueil (8 de mayo de 1632).

IV.—Las fugas del heredero presunto al extranjero

La jornada de los Burlados tuvo una lejana repercusión. En Provenza, región de Estados en donde la substitución de los agentes de la provincia por los agentes del rey para la percepción de los impuestos había promovido graves disturbios (1630), el gobernador, duque de Guisa, se había mantenido quieto. No le disgustaba crear dificultades á Richelieu que usurpaba su cargo de almirante del Levante y no se lo quería rescatar al precio que él fijaba. Adepto de corazón del partido de las reinas, é informado de la enfermedad del rey y de la promesa de éste de despedir á Richelieu, esperaba la desgracia del superintendente general de la navegación, cuando supo el resultado de la jornada de los Burlados. Richelieu, desembarazado de la reina madre, envió á Provenza al príncipe de Condé con un ejército (febrero de 1631). Guisa, invitado á presentarse en la corte, pidió una licencia de tres meses para realizar una peregrinación á Loreto, y embarcándose en Marsella, en 6 de agosto de 1631, no volvió más.

También en el Langüedoc la amenaza del establecimiento de los «Elegidos» originó la oposición de los Estados y del parlamento de Tolosa. El gobernador de la provincia, Enrique de Montmorency, apoyaba aparentemente los designios de la corte y secretamente se concertaba con Gastón de Orleans, refugiado en los Países Bajos, que le ofrecía reunirse con él al frente de un ejército. Impulsábale á obrar así su esposa, María Felicia de los Ursinos, pariente lejana de María de Médicis y muy resentida por la desgracia de ésta; pero él también, por su parte, estaba descontento de Richelieu.

Enrique de Montmorency había distinguido por su valor en Italia, y cuando Luis XIII estuvo en Lyon á las puertas de la muerte, había ofrecido á Richelieu un asilo en su gobierno, á pesar de lo cual ni había sido promovido, como esperaba, á mariscal general de campo, es decir, en otras palabras, á condestable, ni siquiera había conseguido que fuese nombrado para el gobierno de Sommieres (en su propio gobierno) el candidato por él propuesto.

Tenía en Langüedoc un gran partido, pues si bien las más ilustres antiguas familias feudales, como los Crussol, los Levis y los Polignac, seguían las inspiraciones de la corte, las menos importantes vivían en la

provincia y constituían á los Montmorency, que allí mandaban desde hacía un siglo, una clientela de amigos, de fieles, en el sentido feudal del vocablo. El alto clero, omnipotente en los Estados, se reclutaba entre la nobleza del país y tenía las mismas inclinaciones de ésta, y algunos obispos, como De Elbene y Bonzi, eran italianos y adictos á María de Médicis.

Montmorency confiaba en que las exigencias del gobierno acabarían por sublevar la provincia; mas no tuvo tiempo de esperar, pues al saber que Gastón había pasado la frontera en 11 de junio de 1632 y se dirigía hacia el Loira, perseguido por dos ejércitos reales mandados por La Force y Schomberg, comprendió que, no estando, como no estaba, dispuesto, no le quedaba más remedio que arrastrar al Langüedoc en aquel movimiento sedicioso. Los Estados unieron su causa á la de él, pero la provincia no se movió, y el parlamento de Tolosa, que había apoyado á los Estados en su resistencia legal, se declaró contrario á la rebelión.

Montmorency veía de antemano perdida la partida y en unión del hermano del rey se dirigió á Castelnaudary para apoderarse de esta plaza; mas se le adelantó Schomberg, quien, con fuerzas inferiores, se atrincheró en un campamento cerrado por fosos y caminos hondos y le atajó el paso (1.º de septiembre de 1632). Fué aquello una escaramuza más que una batalla; Montmorency, que parecía buscar la muerte, franqueó con algunos compañeros un foso que le separaba de los soldados del rey, rompió «seis filas de éstos y mató algunos hombres en la séptima,» recibiendo unas diez heridas y cayendo prisionero.

Conducido al castillo de Lectoure y desde allí á Tolosa, fué juzgado por el Parlamento y condenado á muerte por jueces que se compadecían de su desgracia. Valientemente, sin exhalar una queja, puso la cabeza en el tajo (30 de octubre de 1632).

Gastón, atendiendo á su salvación propia, había consentido en Beziers (1), en 1.º de octubre, que el rey hiciera «sufrir el castigo que merecen» á «los que se unieron á él (Gastón) para negociar á sus costas y á las de Francia;» mas apenas tuvo noticia de la ejecución de Montmorency, salió de Tours (6 de noviembre) y se marchó á Bruselas.

Razón tenía de temer. Cuando su última fuga, después de la jornada de los Burlados, había casado secretamente, al pasar por Lorena, con Margarita, hermana del duque reinante (3 de enero de 1632). Luis XIII, que le había perseguido sin poder darle alcance, impuso á Carlos IV un tratado oneroso (Vic, 6 de enero) en castigo de haber acogido al fugitivo. El rey nada supo entonces de aquel matrimonio, pero durante el proceso de Montmorency, la noticia se hizo pública, y el favorito de Gastón, Puylaurens, á fin de no tener que dar cuenta de una unión que él había aconsejado, atemorizó á su señor con la cólera de su hermano y le decidió una vez más á irse al extranjero, en donde permanecieron cerca de dos años.

Richelieu, que no quería admitir que el heredero presunto de la corona pudiera casarse sin el consentimiento del rey, hizo que un ejército penetrase en Lore-

(1) *Lettres et correspondance de Richelieu*, IV, pág. 375 y la nota 2 de la pág. 372.

na y trató de proporcionarse por la fuerza los documentos necesarios para probar el carácter clandestino del matrimonio y procesó á Carlos IV ante el parlamento de París por raptó del presunto heredero (2 de enero de 1634). El procurador general, en apoyo de la acusación, expuso que estas dos cualidades (de hermano mayor y de soberano) en una familia real compiten sin dificultad en poder con la de padre y de tutor en las familias particulares, en las cuales, si falta el consentimiento del uno ó del otro, tenéis costumbre, señores, de seguir el rigor de la ordenanza y fallar que hay raptó y, en consecuencia, declarar el matrimonio contraído sin validez...» En la sesión solemne que presidió Luis XIII en 21 de enero, el cardenal declaró que el matrimonio de Monsieur no sería «jamás consentido ni aprobado por el rey (1).»

Las personas que estaban al lado de Gastón suspiraban por su regreso á Francia. La infanta Clara Isabel Eugenia, esa *media francesa* (2) como á sí misma se llamaba y que tenía para el hermano del rey atenciones de «hermana y de madre,» había muerto en 1.º de diciembre de 1633. Los grandes señores y el pueblo de los Países Bajos se mostraban descontentos de volver á caer bajo la dominación directa de España, y los desterrados temían, en caso de una sublevación, ser transportados por el gobierno de los Países Bajos á España ó verse á merced del populacho, «capaz, dice uno de ellos (3 de mayo de 1634), de entregarnos atados de pies y manos al rey y al cardenal de Richelieu (3).» Entre Gastón y María de Médicis, que se había reunido con él en el destierro, ya no reinaba la armonía de antes; Puylaurens, favorito del uno, y el P. Chanteloube, director de la otra, eran enemigos declarados, y el primero, que estuvo á punto de ser muerto de un tiro de mosquete (disparado no se sabe por quién), no pensó más que en partir y logró convencer á su señor. Gastón negoció secretamente su reconciliación con el rey y el día 8 de octubre huyó de Bruselas, siendo muy bien recibido por su hermano, que le aumentó las pensiones.

Richelieu, que sabía que Gastón era esclavo de sus servidores, pensó en atraerse á Puylaurens, casándole con una de sus sobrinas (28 de noviembre). Su plan consistía en servirse del favorito, creado duque y par, para conseguir que Gastón se «descasara;» mas cuando se hubo convencido de que aquél carecía de voluntad ó de influencia para lograr esto, mandó que lo arrestaran (14 de febrero) y lo encerraran en el torreón de Vincennes, en donde murió pocos meses después (1.º de julio de 1635).

El cardenal vigiló la servidumbre del hermano del rey y no toleró que hubiera en ella más que personas á su devoción; encerró en la Bastilla á La Riviere, un nuevo favorito que, sin consultarle, había pedido y obtenido de Gastón el cargo de limosnero mayor (marzo de 1636); y cuando Gastón despidió á De Elbene, de quien no se fiaba á causa de sus relaciones con la corte, le escribió: «...Vuestra Alteza no encontrará extra-

(1) *Mémoires de Omer Talon* (avocat général au Parlement), Michaud y Poujolot, 3.ª serie, VI, pág. 24.

(2) Era hija de Felipe II y de Isabel de Valois y, por consiguiente, nieta de Enrique IV y de Catalina de Médicis.

(3) Nicolás Goulas, *Mémoires*, I, pág. 238.

ño que le diga francamente que merece por esto una buena reprimenda» (30 de marzo de 1636) (4). El ministro pretendía gobernar la familia real de un modo tan absoluto como gobernaba el Estado.

CAPÍTULO V

GUERRA ENCUBIERTA Y NEGOCIACIONES (1630-1635) (5)

I. Programa y política exterior (1629). — II. El emperador y el Imperio. — III. Holanda y Suecia. — IV. Francia en la Dieta de Ratisbona. — V. Acción paralela de Francia y de Suecia. — VI. Alianzas de Francia en Alemania. — VII. Declaración de guerra á España.

I.—Programa de política exterior

Hasta la jornada de los Burlados, Richelieu se había visto obligado á contar, aun en su política exterior, con una camarilla que María de Médicis apoyaba. Ahora era el amo y, salvo contraorden de Luis XIII, podía libremente ejecutar el programa que, en 13 de

(4) La frase es dura, y sólo está algo suavizada por el tono alegre de la carta. *Lettres et Correspondance de Richelieu*, V, pág. 437.

(5) FUENTES: Aubery, *Mémoires pour servir à l'histoire du Cardinal Duc de Richelieu*, 1660, I y adiciones del tomo II. *Lettres du cardinal de Richelieu*, III-V. *Mémoires de Richelieu*, Mich. y Pouj., VII y VIII. *Testament politique*, 1764, 1.ª parte. *Mercurio francés*, XIV-XX. Federico Leonard, *Recueil des Traités de Paix, de Trêve, de Neutralité*, 1693, III, IV y V, 1693; Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 2.ª parte, y VI, 1.ª parte. Carlos Bernard, *Histoire du Roy Louis XIII*, 1646. (Claudio Malin-gre), *Histoire générale des guerres et mouvements arrivés en divers estats du monde sous le règne auguste de Louys XIII roy de France et de Navarre*, 1647, III. *Lettres et negociations du marquis de Feuquières ambassadeur extraordinaire du roi en Allemagne en 1633 et 1634*, I y II, 1753. *Mémoires de Nicolas Goulas, gentilhomme ordinaire de la chambre du duc d'Orleans*, I, «S. H. F.» Victor Siri, *Memorie reconditte*, 1679, VII y VIII.

OBRA DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, 1757, III y IV. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII roi de France et de Navarre*, 1758, I y II, y los documentos publicados en apéndice en el tomo III. Leopoldo de Ranke, *Fränkische Geschichte, vornehmlich im sechzehnten und siebzehnten Jahrhundert*, tomo I de las Obras completas, Leipzig, 1876. Véase el tomo III de la traducción francesa hecha por Porchat, 1856. D'Haussonville, *Histoire de la réunion de la Lorraine à la France*, I y II, 2.ª edición; 1860. Victor Cousin, *Madame de Chevreuse*, 2.ª edición, 1862. A. Waddington, *La République des Provinces-Unies, la France et les Pays-Bas espagnols*, I (1630-1642), 1895. G. Fagniez, *Le P. Joseph et Richelieu*, I y II, 1894. Federico von Hurter, *Geschichte Kaiser Ferdinands II*, tomo III. Schaffhouse, 1861. Dr. Guillermo Schreiber, *Maximilian I der Katholische, Kurfürst von Bayern*, 1868. K. Lorenz, *Die politische Parteibildung in Deutschland bei Beginn des Dreissigjährigen Krieges im Spiegel der Konfessionellen Polemik*, Munich, 1903. Gregorovius, *Urban VIII im Widerspruch zu Spanien und dem Kaiser*, 1879. Domingo Carutti, *Storia della diplomazia della corte di Savoia*, II, 1876. Ricotti, *Storia della monarchia piemontese*, V, 1869. Schäfer, *Geschichte von Dänemark* (Coll. Heeren, Ukert, Lamprecht, «Geschichte der europäischen Staaten»), V (1559-1648), 1903. Gfrörer, *Geschichte Gustav Adolfs*, 1863. Droysen, *Gustav Adolf*, Leipzig, I y II, 1869-1870. A. Küsel, *Der Heilbronner Convent*, 1878. Charveriat, *Histoire de la guerre de Trente ans*, II, 1878. L. de Ranke, *Geschichte Wallensteins*, tomo XXIII de las Obras completas, Leipzig, 1880. C. Pfister, *Les Mémoires du comte de Brassac gouverneur de Nancy*, 1633-1635, 1898. Fernando Des Roberts, *Campagnes de Charles IV, duc de Lorraine et de Bar, en Allemagne, en Lorraine et en Franche-Comté* (1634-1638), 1883. B. Röse, *Herzog Bernhard der Grosse von Sachsen-Weimar*, I, 1828.